**El libro de la memoria**

Manguel, Alberto (2014). **Una historia de la lectura.** Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 69-78.

Estoy en las ruinas de Cartago, en Túnez. Las piedras son romanas, restos de muros construidos después de que Escipión Emiliano destruyera la ciudad en el año 146 a. C., cuando el imperio cartaginés pasó a ser una provincia romana y se le dio el nombre de África. En este sitio el joven san Agustín enseñaba retórica antes de trasladarse a Milán. Cuando ya tenía casi cuarenta años volvió a cruzar el Mediterráneo para instalarse en Hipona, en la actual Argelia, donde murió en el año 430, cuando los invasores vándalos sitiaban la ciudad. He traído conmigo mi edición escolar de las *Confesiones*, un volumen delgado, de tapas color naranja, de los Clásicos Roma, que mi profesora de latín, Corina Corchón, prefería a todas las otras colecciones de autores latinos. Aquí en Cartago, con el libro en la mano, siento una especie de camaradería con Francesco Petrarca, el gran poeta renacentista, que solía llevar encima una edición de bolsillo de los escritos de Agustín.

Cuando leía las *Confesiones* sentía que la voz de Agustín le hablaba de una manera tan íntima que, hacia el final de su vida, compuso tres diálogos imaginarios con el santo, publicados póstumamente con el título de *Secretum meum*. Una nota a lápiz en el margen de mi edición de los Clásicos Roma comenta las observaciones de Petrarca, como una continuación de esos diálogos imaginarios. Efectivamente, hay algo en el tono de Agustín que da la idea de una intimidad placentera, propicia para compartir secretos. En el momento en que abro el libro, mis anotaciones en el margen me recuerdan la espaciosa aula del Colegio Nacional de Buenos Aires, con sus paredes pintadas del color de la arena cartaginesa, y me descubro rememorando la voz de la profesora cuando recitaba las palabras de Agustín, y nuestros pomposos debates (¿teníamos catorce, quince, dieciséis años?) sobre la responsabilidad política y la realidad metafísica. El libro guarda el recuerdo de aquella adolescencia hoy lejana, de mi profesora (que hoy ha muerto), de las lecturas de Agustín hechas por Petrarca que la profesora nos leía con aprobación. También guarda el recuerdo del mismo Agustín y de sus aulas, y de la Cartago que se construyó sobre la Cartago que se había destruido, para acabar destruida una vez más.

El polvo de estas ruinas es muchísimo más viejo que el libro, pero el libro lo contiene. Agustín observó y luego escribió lo que recordaba. Ahora, en mi mano, el libro recuerda su memoria y mis ecos. Tal vez fuera su gran sensualidad (que tanto intentó reprimir) lo que hizo de san Agustín un observador tan agudo. Da la impresión de haber pasado los últimos años de su vida en un paradójico estado de descubrimiento y distracción, maravillándose de lo que los sentidos le enseñaban pero, al mismo tiempo, pidiendo a Dios que lo librara de las tentaciones del placer corporal. Agustín conoció la costumbre de Ambrosio de leer en silencio porque cedió a la curiosidad de sus ojos, y oyó las palabras en aquel huerto porque se permitió aspirar el aroma de la hierba y escuchar el canto de pájaros invisibles. No sólo la posibilidad de leer en silencio sorprendió a Agustín. Al escribir sobre un antiguo condiscípulo hizo mención a su memoria prodigiosa, que le permitía a éste componer y recomponer textos que había memorizado con una sola lectura. Aquel hombre era capaz, explicaba Agustín, de citar el penúltimo verso de cada libro de Virgilio, “velozmente, en perfecto orden y de memoria... Si luego le pedíamos que recitara el antepenúltimo verso de cada libro, también lo hacía. Y estábamos convencidos de que podía recitar a Virgilio de atrás para adelante... Incluso si le pedíamos pasajes en prosa de cualquiera de los discursos de Cicerón que había memorizado, también podía repetirlos”. Tanto si leía en silencio como en voz alta, conseguía imprimir el texto (usando la frase de Cicerón que al futuro obispo de Hipona le gustaba citar) “en las tablillas de cera de la memoria”[[1]](#footnote-1), para recordarlo y recitarlo a voluntad en el orden que eligiera, como si estuviera pasando las páginas de un libro. Al recordar un texto, al traer a la mente el libro que una vez tuvo entre las manos, ese lector puede convertirse en el libro, que tanto él como otros pueden leer.

En 1658, Jean Racine, que por aquel entonces tenía dieciocho años, mientras estudiaba en la abadía de Port-Royal bajo la mirada atenta de profesores religiosos, descubrió por casualidad una antigua novela griega, *Las historias etiópicas de Teágenes y Clariquea*, cuyas ideas sobre el amor trágico tal vez haya recordado años más tarde, cuando escribió *Andrómaca y Berenice*. Racine se había llevado el libro al bosque que rodeaba la abadía y había empezado a leerlo con avidez cuando lo sorprendió el sacristán, que se lo arrancó de las manos y lo arrojó al fuego. Poco después, Racine consiguió un segundo ejemplar, que también fue descubierto y condenado a las llamas. Eso lo animó a conseguir un tercer ejemplar y a aprender la novela de memoria. Más tarde le entregó el libro al terco sacristán y le dijo: “Puede quemar éste también, como hizo con los otros”.[[2]](#footnote-2)

Esa característica o atributo de la lectura, que permite al lector apropiarse de un texto no sólo siguiendo con atención las palabras sino volviéndolas parte de sí mismo, no siempre fue considerado una ventaja. Hace veintitrés siglos, a pocos pasos de las murallas de Atenas, a la sombra de un alto plátano a la vera de un río, un joven de quien sabemos poco más que su nombre, Fedro, estaba leyéndole a Sócrates el discurso de un tal Licias, a quien el joven admiraba con pasión. Después de escuchar varias veces el discurso (sobre los deberes de los amantes), había conseguido una versión escrita, que estudió una y otra vez hasta aprendérsela de memoria. A continuación, ansioso por compartir su descubrimiento (como suele ocurrirles a tantos lectores), solicitó una audiencia con Sócrates. El filósofo, adivinando que Fedro ocultaba el texto del discurso bajo su manto, le pidió que lo leyera, en vez de recitarlo. “No permitiré que practiques tu oratoria conmigo”, le dijo al joven entusiasta, “estando Licias presente”[[3]](#footnote-3). El diálogo platónico del mismo nombre trata, sobre todo, de la naturaleza del amor, pero la conversación va cambiando y, cerca del final, el tema pasa a ser el arte de las letras. Hace mucho tiempo, le dice Sócrates a Fedro, el dios Tot de Egipto, inventor de los dados, el juego de damas, los números, la geometría, la astronomía y la escritura, visitó al rey egipcio y le ofreció esas invenciones para que se las entregara al pueblo. El rey analizó las ventajas e inconvenientes de cada uno de los regalos del dios, hasta que Tot llegó al arte de la escritura. “Este conocimiento”, dijo Tot, “hará más sabios y más memoriosos a los hombres, pues es un método para mejorar esa capacidad y ampliar conocimientos”.

Pero el rey no quedó muy convencido. “Si los humanos aprenden la escritura”, le respondió, “ésta sembrará el olvido en sus almas; dejarán de ejercitar la memoria porque confiarán en lo que está escrito y ya no recordarán las cosas buscándolas en su interior, sino mediante señales externas. Lo que has inventado no es un método para la memoria, sino para auxiliar el recuerdo. Y lo que ofreces a tus discípulos no es verdadera sabiduría, sino sólo su apariencia, puesto que al hablarles de muchas cosas sin enseñarles nada, harás que parezcan que saben mucho, cuando, en su mayor parte, sabrán muy poco. Y al estar llenos no de sabiduría sino de apariencia de sabiduría, serán una carga para sus semejantes”.

Un lector, advirtió Sócrates a Fedro, “tiene que ser extremadamente ingenuo para creer que las palabras escritas pueden hacer algo más que recordar a alguien lo que ya sabe”. Fedro aceptó, convencido, el razonamiento del filósofo. Y Sócrates continuó: “Mira, Fedro, eso es lo extraño de la escritura, y lo que la hace verdaderamente análoga a la pintura. Las obras del pintor se presentan ante nosotros como si los cuadros estuvieron vivos, pero si uno les hace una pregunta responden con el más altivo de los silencios. Lo mismo pasa con las palabras escritas; parecen hablar con uno como si fueran inteligentes, pero si se les pregunta algo, por querer saber más, siguen repitiendo lo mismo una y otra vez”. Para Sócrates, el texto leído no era más que sus palabras, en las que el signo y el significado se superponían con una precisión desconcertante. La interpretación, la exégesis, la glosa, el comentario, la asociación, la refutación, el sentido simbólico y el alegórico, no nacían del texto sino del lector. El texto, como si fuera un cuadro, sólo decía “la luna de Atenas”; era el lector el que le proporcionaba un rostro de marfil, un cielo oscuro, un paisaje de ruinas antiguas por el que alguna vez paseó Sócrates.

Hacia 1250, en el prólogo a su *Bestiaire d’amour*, Richard de Fournival, rector de la catedral de Amiens, se opuso a la opinión de Sócrates y sugirió que, como todos los seres humanos desean adquirir conocimientos y tienen una vida demasiado corta, deben basarse en los conocimientos reunidos por otros para aumentar el caudal de los suyos. Con este fin, Dios le dio al alma humana el don de la memoria, a la que accedemos a través de los sentidos de la vista y el oído. Después, Fournival amplió la concepción de Sócrates. El camino de la vista, dijo, consistía en *peintures* o imágenes; el camino del oído, en *paroles* o palabras. El mérito de todas ellas no se encontraba sólo en presentar una imagen o texto sin progreso ni variación, sino en recrear en el tiempo y el espacio del lector aquello que se había concebido y representado en imágenes o palabras, en otra época y bajo otros cielos. “Cuando se ve pintada una historia, un relato, tanto si tiene relación con Troya o con cualquier otra cosa”, sostenía Fournival, “uno ve aquellos nobles hechos, que tuvieron lugar en el pasado, como si aún estuvieran presentes. Y lo mismo ocurre cuando se escucha un texto, porque al oír un cuento leído en voz alta, los sucesos se ven en el presente en que se los escucha... Y si eres tú el que lee, ese texto, con su *peinture* y su *parole*, me hace presente en tu memoria, incluso aunque no me encuentre físicamente delante de ti”[[4]](#footnote-4).

El acto de leer, según Fournival, enriquecía el presente y volvía real el pasado; la memoria prolongaba esas cualidades en el futuro. Para Fournival, el libro, no el lector, conservaba y transmitía el recuerdo. El texto escrito, en la época de Sócrates, no era una herramienta habitual. Si bien había un considerable número de libros en la Atenas del siglo v a. C. y había empezado a desarrollarse su comercio, la práctica de la lectura privada no llegó a establecerse plenamente hasta un siglo después, en tiempos de Aristóteles, uno de los primeros lectores que compiló para su uso personal una importante colección de manuscritos. El habla era el medio habitual de aprendizaje y transmisión de conocimientos, por lo que Sócrates pertenece a una dinastía de maestros orales que incluye a Moisés, Buda y Jesucristo, quien sólo una vez, según se dice, escribió unas palabras en la arena y luego las borró. Para Sócrates, los libros eran ayudas de la memoria y el conocimiento, pero los verdaderos sabios podían prescindir de ellos. Pocos años más tarde, sus discípulos Platón y Jenofonte registraron en un libro el desprecio de su maestro por los libros, conservando de esa forma el recuerdo de su recuerdo para nosotros, sus futuros lectores.

En los tiempos de Fournival, era habitual que los estudiantes utilizaran los libros como ayuda de la memoria, manteniéndolos abiertos en clase, por lo general un solo ejemplar para varios alumnos. En el colegio yo estudiaba de la misma manera, con el libro abierto delante de mí mientras el profesor disertaba, subrayando los principales pasajes que más tarde trataría de memorizar (aunque a algunos profesores —seguidores de Sócrates, supongo— no les gustaba). Había, sin embargo, una curiosa diferencia entre mis compañeros en el Colegio Nacional de Buenos Aires y los estudiantes retratados en las ilustraciones de la época de Fournival. Nosotros marcábamos los pasajes de nuestros libros con pluma estilográfica (si éramos atrevidos) o con lápiz (si éramos prudentes), haciendo notas al margen para recordar las observaciones del profesor. Los estudiantes del siglo xiii que aparecían en aquellas antiguas ilustraciones no tenían, en su mayoría, ningún elemento de escritura a la vista; permanecían de pie o sentados delante de los códices abiertos, memorizando la ubicación de un párrafo, la disposición de las letras, encomendando a la memoria una secuencia de puntos esenciales en lugar de confiarlos a la página.

A diferencia de mis contemporáneos y yo, que estudiábamos para un determinado examen por medio de los pasajes subrayados y anotados (y que más tarde, después del examen, casi siempre olvidábamos, puesto que teníamos la tranquilidad de saber que el libro seguiría allí para consultarlo cada vez que lo necesitáramos), los estudiantes de Fournival confiaban en la biblioteca almacenada en la cabeza, de la que, gracias a las laboriosas reglas mnemotécnicas que aprendían en los primeros años de escuela, podían repetir capítulos y versículos con la misma facilidad con que yo puedo encontrar un tema específico en una biblioteca de microchips y papel. Incluso creían que memorizar un texto era beneficioso para el cuerpo, y citaban como autoridad a Antilo, el médico romano del siglo II, que había escrito que a quienes jamás han aprendido versos de memoria y necesitan leerlos en libros, a veces les resulta muy doloroso eliminar, con abundante sudoración, los fluidos perjudiciales que quienes tienen buena memoria expulsan fácilmente a través de la respiración.

Yo, en cambio, dispongo de servicios informatizados para buscar en bibliotecas más vastas que la de Alejandría un dato remoto, y mi computadora puede “acceder” a toda clase de libros. Iniciativas como el Proyecto Gutenberg en Estados Unidos archivan en disquetes todo tipo de texto e imagen, desde las Obras completas de Shakespeare hasta el Manual Universal de la CIA y el Diccionario de la Real Academia Española, mientras que el Oxford Text Archive ofrece versiones electrónicas de los principales autores griegos y latinos, además de clásicos selectos en otros idiomas. Los eruditos medievales recurrían a la memoria de los libros que habían leído, cuyas páginas podían invocar como fantasmas vivientes. Santo Tomás de Aquino era contemporáneo de Fournival. Siguiendo las recomendaciones de Cicerón para mejorar la capacidad de la memoria del retórico, elaboró una serie de reglas mnemotécnicas para los lectores: colocar las cosas que se quería recordar en un orden determinado, desarrollar “afecto” hacia ellas, convertirlas en “semejanzas inusuales” que facilitaran su visualización, repetirlas con frecuencia. Con el tiempo, los eruditos del Renacimiento, mejorando el método de Aquino, sugirieron la construcción mental de modelos arquitectónicos —palacios, teatros, ciudades, los reinos del cielo y del infierno— donde albergar lo que desearan recordar. Esos modelos eran construcciones sumamente elaboradas, edificadas en la mente a lo largo del tiempo y reforzadas por medio del uso, y que han demostrado durante varios siglos su inmensa eficacia. En mi caso, lector del día de hoy, las notas que tomo mientras leo se guardan en la memoria sustituída de mi computadora.

Como el erudito renacentista que podía recorrer a voluntad las salas del palacio de su memoria en busca de una cita o un nombre, yo entro a ciegas en el laberinto electrónico que zumba detrás de mi pantalla. Con la ayuda de su memoria recuerdo con más rapidez (si la rapidez es importante) y de manera más copiosa (si la cantidad tiene algún valor) que mis ilustres antecesores, pero todavía debo ser yo el que encuentre un orden a las notas y extraiga conclusiones. Además, siempre me asalta el temor de perder un texto “memorizado”, un temor que para mis antepasados aparecía sólo relacionado al deterioro de la edad y que a mí me acompaña a cada instante: el miedo a una subida de tensión, a pulsar la tecla indebida, a un desperfecto del sistema, a un virus, a un disco defectuoso, a todos esos problemas que pueden borrar para siempre mi memoria y dejarla vacía. Alrededor de un siglo después de que Fournival terminara su *Bestiaire*, Petrarca, quien al parecer había seguido las reglas mnemotécnicas de Tomás de Aquino para aprovechar mejor sus amplias lecturas, imaginó en su *Secretum meum* una conversación con su adorado Agustín sobre el tema de la lectura y la memoria.

Petrarca había tenido, como Agustín, una vida turbulenta en su juventud. A su padre lo desterraron de su Florencia natal como a su amigo Dante, y poco después del nacimiento de su hijo Francesco, la familia se trasladó a Aviñón, donde el papa Clemente V había instalado su corte. Petrarca estudió en las universidades de Montpellier y de Bolonia y, con veintidós años, después de la muerte de su padre, volvió a instalarse en Aviñón, convertido en un joven de fortuna. Pero ni la riqueza ni la juventud duraron mucho. En unos pocos años de vida disipada despilfarró la herencia paterna y se vio obligado a ingresar en una orden religiosa. El descubrimiento de las obras de Cicerón y san Agustín despertó el gusto por la literatura en el curioso joven y durante el resto de su vida leyó con avidez. Empezó a escribir con regularidad cuando tenía alrededor de treinta y cinco años, y compuso dos obras, *De viris illustribus* (Sobre hombres famosos) y el poema *África*, en el que reconocía su deuda con los antiguos autores griegos y latinos, y por el que el Senado y el pueblo de Roma lo distinguieron con una corona de laurel, corona que más tarde depositó en el altar mayor de la basílica de San Pedro. Sus retratos de esa época lo muestran como un hombre demacrado e irascible, con una gran nariz y ojos tensos, y es fácil suponer que la edad contribuyó muy poco a calmar su inquietud.



En el *Secretum meum*, Petrarca (utilizando su nombre de pila) y Agustín se sientan y hablan en un jardín, contemplados con firme mirada por la Dama Verdad. Francesco confiesa estar cansado del vano bullicio de la ciudad; Agustín responde que la vida de Francesco es un libro semejante a los que el poeta guarda en su biblioteca, pero en este caso uno que aún no ha aprendido a leer, y le recuerda varios textos sobre el tema del “mundanal ruido”, incluso el que él mismo, Agustín, escribiera. “¿No te sirven?”, le pregunta. Sí, responde Francisco; mientras los estoy leyendo son muy útiles, pero “apenas el libro deja mis manos, todo lo que su lectura me inspira desaparece”. Agustín: Esa manera de leer es muy habitual hoy en día; hay un número tan elevado de hombres de letras... Pero si haces algunas anotaciones en el sitio adecuado, podrás gozar fácilmente del fruto de tus lecturas. Francesco: ¿A qué clase de anotaciones te refieres? Agustín: Cada vez que leas un libro y encuentres alguna frase maravillosa que te conmueva o deleite, no confíes exclusivamente en el poder de tu propia inteligencia, sino fuérzate a aprenderlas de memoria y a familiarizarte con ellas meditando sobre su contenido, de manera que cuando te sobrevenga una aflicción muy profunda, tengas el remedio preparado como si lo llevaras escrito en la mente. Cuando encuentres pasajes que te parezcan de provecho, señálalos con claridad, lo que tal vez te sirva para expresarlos en tu memoria, no sea que de lo contrario se te escapen volando[[5]](#footnote-5).

Lo que Agustín sugiere (en la imaginación de Petrarca) es una nueva manera de leer, que no consiste en usar el libro como un apoyo para el pensamiento, ni de confiar en él como se confía en la autoridad de un sabio, sino en extraer de él una idea, una frase, una imagen, enlazándola con otra tomada de un texto distinto guardado en la memoria, uniendo el todo con reflexiones propias, para producir, de esa manera, un nuevo texto cuyo autor es el lector.

En la introducción a *De viris illustribus*, Petrarca señalaba que su libro le serviría al lector como “una especie de memoria artificial”[[6]](#footnote-6) donde habría textos “dispersos” y “raros”, textos que él no sólo había compilado, sino que —algo más importante— les había prestado orden y método. Para los lectores del siglo xiv, la pretensión de Petrarca era asombrosa, puesto que la autoridad de un texto era autónoma y la tarea del lector era la de un observador externo; un par de siglos más tarde, la manera de leer de Petrarca, personal, recreadora, interpretativa, cotejadora, se convertiría en el método común de estudio para toda Europa. Petrarca descubre este método gracias a lo que denomina “verdad divina”: un sentido que el lector debe poseer, debe habérsele concedido, para encontrar su camino interpretando las tentaciones de la página. Ni siquiera las intenciones del autor, cuando no son más que una suposición, tienen un valor particular a la hora de juzgar un texto. Esto, sugiere Petrarca, tiene que hacerse valiéndose de los propios recuerdos de otras lecturas, hacia los cuales fluye la memoria que el autor ha volcado en la página. En este proceso dinámico de dar y recibir, de separar y recomponer, el lector no debe transgredir los límites éticos de la verdad, cualesquiera sean los que a cada lector le dicte su conciencia (que nosotros llamaríamos sentido común). “Leer”, escribió Petrarca en una de sus numerosas cartas, “raras veces esquiva los peligros, a menos que la luz de la verdad divina ilumine al lector, enseñándole lo que debe buscar y lo que debe evitar”[[7]](#footnote-7). Esa luz (siguiendo la imagen de Petrarca), brilla de manera distinta sobre cada uno de nosotros, y de una forma también diferente en las sucesivas etapas de nuestra vida. Nunca volvemos al mismo libro y ni siquiera a la misma página, porque al cambiar la luz también cambiamos nosotros y cambia el libro, y nuestros recuerdos resplandecen, se oscurecen y luego vuelven a brillar, y nunca sabemos exactamente qué es lo que aprendemos y olvidamos y qué es lo que recordamos. Lo único seguro es que el acto de la lectura, que rescata tantas voces del pasado, a veces las conserva para un futuro lejano, para un momento en el que tal vez podamos hacer uso de ellas de maneras valientes e inesperadas.

1. Cicerón, De oratore, vol. I, ed. E. W. Sutton y H. Rackmam (Cambridge, Mass., y Londres, 1957), II, 86: 354. [↑](#footnote-ref-1)
2. Louis Racine, Mémories contenant quelques particularités sur la vie et les ouvrages de Jean Racine, en Jean Racine, Oeuvres completes, vol. I, ed. Raymond Picard (París, 1950) [↑](#footnote-ref-2)
3. Platón, Phaedrus, en The Collected Dialogues, ed. Edith Hamilton y Huntington Cairns (Princeton, 1961). [↑](#footnote-ref-3)
4. Mary J. Carruthers, The Book of Memory (Cambridge, 1990). [↑](#footnote-ref-4)
5. Petrarca, Secretum meum, II, en Prose, ed. Guido Martellotti et al. (Milán, 1951). [↑](#footnote-ref-5)
6. Victoria Kahn, “The Figure of the Reader in Petrarch’s Secretum”, en Petrarch: Modern Critical Views, ed. Harold Bloom (Nueva York y Fi- ladelfia, 1989). [↑](#footnote-ref-6)
7. Petrarca, Familiares, 2.8.822. [↑](#footnote-ref-7)